

ANTONIO GARGALLO GIL

**Las
HUELLAS
OCULTAS
de DIOS**

Para quienes sienten sed de Dios



Prólogo

Supongo que a lo largo de nuestra existencia llegan momentos en los que uno se tiene que replantear muchas cosas porque la vida se acaba. Sí, efectivamente, somos finitos y prescindibles, aunque a veces no seamos realmente conscientes de ello. Un duro trance que todo el mundo tendrá que afrontar en igualdad de condiciones: un último suspiro y ya no existes. Da igual que seas rico o pobre, negro o blanco, hombre o mujer, el principio y el final de la vida es igual para todos: nacer para morir. Moriremos como cualquier bestia del campo, sin paliativos, lo que me hace cuestionarme severamente una pregunta sin fácil respuesta: ¿por qué el hombre tiene tan triste final?

Yo no sé si al cruzar la barrera de los cuarenta entré en una crisis existencial, pero fue el detonante para remover los cimientos de mi vida; un punto de inflexión que marcó un antes y un después en mi devenir. Algo, por otra parte, necesario, principalmente porque mi vida carecía de sentido pleno, a pesar del éxito, la fama, el prestigio y el alto estatus social que había adquirido, pero que, lejos de apaciguar mi corazón, la inquietud me devoraba y veía cómo el pozo de las desidias iba haciéndose más profundo, hasta que la oscuridad se adueñó de una parte de mi ser.

¿Cómo un acreditado científico que aparentemente lo tenía todo podía sentir un incómodo e incomprensible vacío? Difícil respuesta, principalmente porque sabía que eran muchos los hombres que envidiaban mi posición y yo, sin embargo, me hubiese cambiado por cualquiera de aquellos que desprendían un halo de paz en sus miradas. Con esto no quiero decir que fuese un pobre amargado, ni mucho menos. Era feliz, pero no plenamente. ¡Me faltaba algo y no sabía el qué!

Lo cierto es que al principio maldije ese despertar porque verdaderamente fui consciente de que había nacido con un reloj biológico que, desde el minuto uno, comenzaba en forma de cuenta atrás. Para algunos duraría un año, cinco, veinte, ochenta..., pero

tarde o temprano, sin previo aviso o de forma accidental, acabaría apagándose como las estrellas.

Un sinfín de preguntas comenzó a atormentarme y, de repente, ese mundo que me había creado a mi alrededor dejó de tener sentido. ¿De qué me servía todo lo que estaba haciendo si, tal vez, al día siguiente podía estar pudriéndome bajo tierra, descomponiéndome y siendo devorado por larvas? ¡Todo resultaba tan trivial!

Fue entonces cuando me di cuenta de que había cultivado mi mente de forma portentosa, así como el físico, pero a pesar de todo había algo en mí que no funcionaba. Enseguida sospeché de lo que se podría tratar: ¿acaso el hombre era espiritual por naturaleza? Una pregunta que enlazaba con otra: ¿existía Dios o era un invento del hombre para calmar nuestros temores acerca de la muerte? Como científico necesitaba evidencias, pruebas reales de su existencia, de su veracidad, nada de conjeturas o hipótesis. ¡Tenía que ir tras las huellas ocultas de Dios!

El mero planteamiento de tan ambicioso proyecto fue como un bálsamo revitalizador capaz de tonificar tu piel y tu espíritu. Pero antes de relatar mi historia, solo decir que jamás en mi vida había realizado una investigación tan apasionante, donde la emoción me acompañó en cada uno de mis pasos. Por ello he considerado importante hacer públicos los resultados de mi hallazgo, a sabiendas de que la fe de millones de personas podría tambalearse o, por el contrario, despertar la llama fúlgida de la fe en quienes no la tienen al desvelar tan fascinante misterio.

Aquí dejo, por tanto, mi legado. Una historia conmovedora, además de real, y que espero sirva para que muchas personas vean la vida de otra manera, tal cual la veo yo en estos momentos. Solo les avanzo que, ahora, soy inmensamente feliz...

1

“Vamos a hacer limpieza general o, mejor todavía, una mudanza que nos permita abandonar las cosas sin tocarlas siquiera, sin mancharnos, dejándolas donde han estado siempre; vamos a irnos nosotros, vida mía, para empezar a acumular de nuevo. O vamos a prenderle fuego a todo y a quedarnos en paz, con esa imagen de las brasas del mundo ante los ojos y con el corazón deshabitado”.

Ramón María del Valle Inclán

Me llamo David Vidal Zafartti y me gradué en Física en la prestigiosa Universidad de Harvard, en Cambridge, una ciudad intercultural del estado de Massachusetts en el noreste de Estados Unidos.

Podría alardear de un fabuloso currículum donde todo ha sido reconocimientos, premios y un más que consolidado alto estatus social fruto de mi trayectoria en el campo de la investigación, a punto incluso de ser laureado con el Premio Nobel de Física y que, por fortuna o por desgracia, no lo recibí, dado que me retiré de una de las investigaciones más punteras cuando el proyecto ya estaba completamente desarrollado. Una decisión difícil y, para muchos, incomprensible.

Todavía resuenan en mi interior las palabras de mi compañera de investigación, Sophie Clerk, cuando la informé que abandonaba uno de los proyectos más ambiciosos en el campo de la Física: «He conocido a muchas personas que han tirado su vida por la borda en un segundo. Por favor, ¡no hagas tú lo mismo cuanto tienes al alcance de tus manos uno de los más grandiosos descubrimientos!».

No la escuché, aunque sus palabras fueron proféticas en cierta manera. Por mucho que les cueste creer, de ser admirado y respetado, en un pequeño intervalo de tiempo pasé a ser humillado y criticado. ¿Curioso, verdad? Los que supuestamente

eran amigos, dejaron de serlo, lo cual pronto me hizo entender que estaban al arrimo del éxito y que era lo único que les interesaba de mí. ¡Qué más da! El caso es que me sirvió para depurarme de la falsedad y la hipocresía que se habían incrustado en mi vida como la mugre lo hace en la ropa de un vagabundo.

Aunque no quiero hablar de mi pasado, de mi *curriculum vitae* o de mis investigaciones pasadas, por muy interesantes que pudiesen resultar a la comunidad científica y al público en general, me ceñiré a explicar brevemente mis orígenes, que, en parte, fueron los que me motivaron a realizar la más apasionante y vibrante de mis investigaciones.

Supongo que más de uno se habrá percatado de mis apellidos. Sí, efectivamente, soy judío-cristiano, hijo de padre español y madre judía. Mi padre fue comercial de exportación de una azulejera valenciana y en uno de sus viajes a Israel se enamoró de una bella israelí cuyo amor fue correspondido. Debido a la inestabilidad del país, optaron por establecer su residencia en España y, mi padre, que es muy creyente, le propuso a mi madre casarse por la Iglesia. La mujer no puso impedimento, no es que renegase de sus creencias o tuviese que convertirse al cristianismo para ello, sino que simplemente tendría que aceptar que cuando tuviese hijos fuesen bautizados. Y así sucedió con los cinco hijos que tuvo, yo, el menor, el más crítico y escéptico en cuanto a la fe se refiere, y, por cierto, el que más sufrió por culpa de los malditos sesgos religiosos: «David, ¿qué has cenado hoy, judías?» o «Está judío el asunto», eran algunos de los típicos chistes que tenía que soportar de mis compañeros de clase. Aunque más graves fueron los insultos que parecían contagiarse como el virus de la gripe: «Judío sucio», «Haznos un favor y márchate a tu país a hacer una plantación de judías» o amenazas del tipo: «Tendrían que desaparecer del mapa todos los judíos»; aunque la guinda se la llevaban aquellos que intentaban mofarse a través de las penurias que pasaron los judíos en el holocausto: «¡Ojalá Hitler levantara la cabeza y les

pusiese a todos donde merecen!». ¡Nunca lo entendí! ¿A qué se debía tanto odio al pueblo judío? ¿Acaso no éramos seres humanos?

Gracias a la presión social me vi forzado a renegar de mis orígenes, de la religión y de todo aquello que tuviese que ver con el judaísmo. Hasta el día en el que, por fortuna o por desgracia —ambas circunstancias estuvieron presentes—, desperté a la vida.

Recuerdo que era una mañana fría de invierno, concretamente el 2 de diciembre de 2012, cuando me dirigía hacia el trabajo entre el halo blanco que el aliento formaba al besar el aire. Todo sucedió extremadamente rápido, pero lo que puedo relatar es que vi la muerte tan de cerca que, de repente, todos los pilares de mi vida se derrumbaron como una torre de naipes donde no quedaron siquiera los cimientos.

Aún escribiendo estas letras percibo el olor a neumático quemado que dejó el coche que se saltó aquel maldito semáforo en rojo y se llevó por delante al muchacho que iba justo delante de mí y que acabó con la cabeza partida sobre el asfalto.

Los gritos y el pánico se incrustaron entre la decena de viandantes que estábamos atravesando en silencio el paso de cebra que condujo a la muerte instantánea a quien nos precedía como si de un pastor se tratara.

La policía y los servicios médicos vinieron de inmediato, pero nada pudieron hacer por devolver la vida a quien ya la había perdido.

Llegué al trabajo temblando, realmente consciente de que la muerte me dejó su tarjeta de presentación tras acariciarme con su tenebroso poder, aunque tuvo la benevolencia de darme otra oportunidad. ¡Fue como un renacer de nuevo!

Por la noche, tuve verdaderos problemas para conciliar el sueño. No hacía más que revivir la escena más cruel que habían contemplado mis ojos. Era realmente consciente de que mien-

tras yo estaba al abrigo de mis mantas, aquel maltrecho joven estaría postrado en un ataúd rodeado de sus seres queridos que llorarían amargamente tan incomprensible pérdida.

Las preguntas se agolpaban en mi mente como cuando las puertas del metro se abren y decenas de personas intentan entrar a la vez. ¿Por qué no salió antes de su casa aquel imprudente conductor para no verse en la tesitura de tener que saltarse el semáforo para no llegar tarde a su trabajo? ¿Qué habría ocurrido si hubiese caminado a la par con aquel joven? ¡Ya no estaría presente! Y en el caso de haber muerto, ¿me habría ido en paz? ¿Realmente había sacado el máximo partido a la vida?

Maldita sea, tuve que ser sincero conmigo mismo: ¡No!

Mi vida estaba teñida de vanagloria, en una carrera por querer destacar sobre los demás, ser reconocido y rodearme del poder que otorga el dinero, el lujo y la fama. Bien era cierto que lo había conseguido todo hasta llegar al escalafón más alto, donde el Premio Nobel me esperaba revoloteando con sus alas doradas para seguir engrandeciendo mi nombre y mi orgullo. Todo era ambición envuelta de un turbio vacío que, ahora entiendo, se trataba de la causa principal de mis noches de insomnio.

Durante tres días fue incapaz de pegar ojo, intentando evitar formular la pregunta que brotaba en mi interior y que, sin embargo, no quería que viese la luz. ¿Por miedo? ¿Por orgullo? ¡Qué sé yo! El caso es que no tuve más remedio que ponerle voz: ¿realmente existía un Creador y todo el cosmos estaba bajo sus leyes?

Como científico me negaba rotundamente a aceptar a ese Dios al que tantas cosas tenía que reprochar, principalmente por la incomprensión de la muerte, el mal, el hambre, las guerras, las enfermedades y tantas penurias que rodeaban al ser humano y que, a mi juicio, cualquier ser Todopoderoso, si realmente tuviese poder, podría haber eliminado o, simplemente, no haber creado.

En medio de aquella turbulenta batalla de pensamientos, me surgió repentinamente una cuestión: «¿qué tipo de investigador soy que antepongo mi creencia a la evidencia?».

La pregunta no sé cómo ni de dónde brotó, pero si realmente quería descubrir la existencia o no de Dios tendría que mantenerme completamente imparcial, dejando mis prejuicios a un lado y centrarme con exquisita neutralidad en la investigación. Partiría de una hipótesis en forma de pregunta y a partir de ahí realizaría las investigaciones pertinentes para dar respuesta a la misma: ¿existe Dios?

Lo que sí puedo confesar es que el proyecto de investigación que aquella noche nació en medio de la fatiga, el cansancio y la preocupación me envolvió de tal forma que a la mañana siguiente, sin el menor resquicio de duda, me levanté con el coraje suficiente para informar a mi equipo de mi renuncia al importantísimo proyecto que teníamos entre manos y que, como ya he avanzado, marcaría un antes y un después en mi vida.

Tardaría casi quince días en poder centrarme y crear un plan de actuación que, a priori, me resultaba fascinante. Y, la verdad, fue todo un acierto, a pesar de la incomprensión de la comunidad científica y aquellos altos cargos de los que me rodeé que no hacían otra cosa que llamarme por teléfono para pedirme una explicación razonable a mi decisión de abandonar la investigación de Harvard y que algunos achacaron a una locura transitoria.

Si la incomprensión me apedreó con la infamia y una más que ficticia demencia, el punto de inflexión vendría marcado por la decisión de Samanta de poner fin a nuestra relación tras tres años intensos de noviazgo. Lloré, claro que lloré, pero no por ella, sino porque me di cuenta de la falsedad de la gente de la que me había rodeado. En cuanto desaparecí de las revistas y los focos de las cámaras de televisión se desviaron de la puerta de mi casa, también se llevaron consigo a aquella belleza neoyorquina con carita de porcelana. Esta me dio una

de las mayores lecciones de mi vida al enseñarme que se puede estar saliendo con la fama y el dinero, no con la persona en sí, pues yo no era más que el instrumento que le permitía llenar su ego de vanagloria. No obstante, tengo que agradecerle aquella bofetada que me sacó de Harvard porque me permitió romper con todo mi presente y empezar un nuevo futuro.

En apenas dos días conseguí vender o, mejor dicho, malvender, todos mis bienes: un lujoso piso de cien metros cuadrados y el Ferrari con el que me escapaba los fines de semana con Samanta.

Satisfecho de poner tierra de por medio con el pasado, tomé un avión y regresé a mi tierra madre, a España, con la clara idea de nunca volver a los Estados Unidos, el lugar donde el dinero era el eje central de las personas y el motor de la existencia. Pero, ¿qué era yo? No podía ocultarlo, yo era otro títere del dios don dinero. Llevaba puestas tantas máscaras encima que dudaba si sería capaz de descubrir quién era realmente y cuál era mi verdadero objetivo en la vida. Me consolé pensando que al menos todavía me quedaban días de vida para bucear en mi interior y buscar el ser que se escondía tras la fachada del prestigio, la fama y el poder.

Cuando llegué a Madrid, después de mucho tiempo, me sentí raro. No había nadie esperándome, ni cámaras, ni fotógrafos ni ningún alto cargo atendiendo mi llegada. ¡Nadie me conocía! Era uno más entre los miles de personas anónimas que recorrían los largos pasillos del aeropuerto de Barajas. Un aire de libertad que, al principio, mi orgullo atacó con fiereza: «Nadie me mira y nadie me detiene para hacerse una fotografía conmigo. ¡Ni siquiera he firmado un solo autógráfico cuando estoy a punto de abandonar el aeropuerto! Pero ¿cómo pueden ser tan incultos mis compatriotas y no saber que están ante uno de los científicos más prestigiosos del mundo?».

Salí cabizbajo y cuando me disponía a tomar un taxi que me llevaría hasta mi casa natural en Toledo, donde mis padres y

mis hermanos me estarían esperando con los brazos abiertos después de siete años sin dar señales de vida más que por videoconferencia, me surgió una duda: «¿Y por qué no utilizo el transporte público como la inmensa mayoría de pasajeros?».

La experiencia me resultó dura, pero maravillosa. Estaba realmente fatigado, llevaba desde las seis de la mañana levantado y ya eran las cuatro de la tarde. Para colmo, tuve que esperar durante dos horas en la estación hasta que salió mi autobús, un incómodo y lento medio de locomoción que no utilizaba desde que era un adolescente. Pero, gracias a mi ímpetu por iniciar una nueva vida, pude por fin dejar a un lado todos los quebraderos de cabeza que traía conmigo para pasar página de una vez por todas y para siempre, factor esencial para poder centrarme por completo en mi nueva investigación y que, en realidad, no sabía ni cómo empezar.

No sé si fue la casualidad o el propio destino, pero el caso es que ocupé asiento junto a una señora alta y con el pelo recogido, de aspecto tranquilo y bonachón, que estaba conectada con los cascos en su iPhone viendo un vídeo. Al estar el autobús en silencio, dado que el hombre cada vez se comunica menos en los medios de transporte y no suele entablar comunicación con personas desconocidas, pude escuchar con nitidez la voz varonil de quien estaba hablando en aquellos momentos, aunque por el reflejo de la luz y al tener el aparato ligeramente ladeado me fue imposible ver la pantalla. Aquel testimonio, realmente increíble y conmovedor, me permitió trazar un plan de actuación que, antes incluso de llegar a mi destino, ya tenía perfectamente desarrollado. Tomé notas sin parar y sentí paz, mucha paz, porque tenía claro que había diseñado el plan perfecto para ir en búsqueda y captura de Dios. ¡Qué emocionante!

Cuando llegué a mi destino, casi me saltan las lágrimas al ver de nuevo la ciudad que me vio nacer, donde pasé mi niñez y gran parte de mi juventud. ¡Cuántos recuerdos pueden vagar invisibles por los lugares que con generosidad nos abrazaron un día con su silencio!

Mis ojos recibieron el reflejo señorial que desprendían sus edificios y, nada más poner mis pies en el asfalto teñido de color ceniza, me di cuenta de que estaba en el lugar idóneo donde podría comenzar mi investigación: en la ciudad imperial, Patrimonio de la Humanidad desde 1986 y antigua sede de la Corte de Castilla donde vivió Carlos I, que era también conocida como «la ciudad de las tres culturas», por haber estado poblada durante siglos por cristianos, judíos y musulmanes. Las tres religiones monoteístas más importantes y antiguas de la humanidad, donde tendría que poner el foco de mi investigación. No tenía sentido indagar en las religiones politeístas, partiendo de que me resultaba una controversia y un sin sentido llegar a creer que el mundo estaba regido por varios dioses, como creían los griegos de antaño.

A paso ligero y arrastrando la pesada maleta de ruedas como única compañera de viaje, me adentré en el entramado de muros y callejuelas del barrio judío donde mi familia moraba por deseo explícito de mi madre, quien creyó que podría adaptarse mejor a la cultura española si al menos se envolvía de la herencia de sus antepasados. Y mi padre, consciente del esfuerzo que esta había realizado al dejarlo todo por él, de forma comprensiva y sin el menor impedimento, él dejó también su ciudad natal, Valencia, e hizo el esfuerzo de adquirir una vieja casona toledana que con el tiempo fueron reformando y dándole vida hasta convertirla en un confortable hogar.

Llegué exhausto y con un sentimiento que no sabría explicar muy bien. Era una mezcla de alegría, nostalgia, nerviosismo y miedo. Sí, miedo de mis fantasmas del pasado, aquellos que me torturaron con la discriminación, la incompreensión y la amargura de no poder ser y desarrollarme con la autenticidad que merece todo ser único e irrepetible. Al menos me enseñaron a aceptar la crítica y respetar a todo ser humano con independencia de la raza, sexo o religión, aunque reconozco que fueron los principales culpables de llevarme al éxito por

quererles demostrar continuamente que era un ser válido, lo cual al final me condujo al bucle de las apariencias, las máscaras y el vacío espiritual.

Toqué al timbre y tomé aire. En breve vería a mis padres y, tal vez, a algunos de mis hermanos, a quienes no sabía cómo les habría sentado el paso del tiempo y, lo cierto es que me conmovió la crueldad con la que había castigado a la persona, ya anciana, que me abrió la puerta. ¡Cómo pudo envejecer tanto mi madre en siete años! Tal vez porque ya era octogenaria y mi egoísmo hizo que no fuese consciente de ello hasta aquel preciso momento.

Su mirada, limpia como un manantial de agua pura, me desgarró el corazón al contemplar cómo las arrugas recorrían su piel al igual que los surcos de un campo labrado. La abracé con lágrimas en los ojos, complementemente emocionado porque era consciente de que perfectamente podría haberse dado el caso de que ya no hubiese estado allí para abrirme la puerta. ¿Cómo pude estar tantos años ciego y hacer caso omiso a sus invitaciones por Navidad?: «Es que tengo mucho trabajo...»; pasó un año más: «De verdad que este año me va fatal, tenemos el proyecto muy avanzado y me resulta imposible, a ver si al próximo...»; «Tengo una conferencia importantísima donde acudirá el mismísimo Presidente de los Estados Unidos, Barack Obama...». Y así continuamente, excusa tras excusa, donde la familia, a pesar de mi amor y mi respeto hacia cada uno de los miembros que la formábamos, parecía estar relegada a un segundo lugar, mientras mis compromisos ocupaban el trono de una vida repleta de vanagloria. ¡Cuán equivocado estaba!

—Gracias, hijo mío, por venir —recuerdo que me dijo completamente emocionada de volver a ver a su retoño—. Creí que estas Navidades también estaría tu silla vacía, pero no, has venido por fin —me miró a los ojos con una dulzura infinita, me abrazó y añadió—: Gracias, gracias, gracias, ahora sí que podré vivir una verdadera Navidad, con todos, contigo, tus hermanos, tus sobrinas...

Su voz se perdió en las inmensidades de mi ser cuando mencionó a mis tres sobrinas que ni siquiera conocía y, repentinamente, se despertó en mí un deseo innato de conocer a las tres niñas que ni siquiera recordaba cómo se llamaban. No solo había estado ciego, sino sordo y mudo.

«¿Serán capaces de perdonarme mis hermanos?», me pregunté al ser verdaderamente consciente de que los había dejado de lado, con un desarraigo enfermizo y el cual en aquellos momentos podía saborear con amargura y una pena infinita.

—Perdóname —fueron las únicas palabras que pude pronunciar porque mis ojos seguían nublados y mi garganta quedó presa de la emoción.

Si la imagen de mi madre desgarró mi corazón, la de mi padre consiguió descuartizarme el alma. Aquel hombre fuerte que me levantaba con un solo brazo cuando era niño, se había transformado en un viejecito que el tiempo parecía que se hubiese cebado con él de forma inmisericorde. Afinado en una silla de ruedas y con profundas ojeras mostraba la debilidad de un bebé.

—El gran David —me dijo esforzándose por sonreír.

Me arrodillé y lo abracé como nunca lo había hecho antes y vinieron a mi mente las palabras que me dijo un día y que casi omití: «Por aquí se te echa de menos. El otro día me caí y me rompí la cadera...». A lo que respondí sin darle la mayor importancia: «No te preocupes, te pondrás bien enseguida».

El reflejo de los ojos de mis padres me mostraba el ser en el que me había convertido y, al menos, si algo tenía claro es que no quería vestigio alguno de ese monstruo desalmado en el que me había convertido sin apenas darme cuenta, cuando en mi interior pensaba que estaba realizando un gran trabajo para la humanidad, inconsciente de que en el fondo había más interés de ser reconocido que de realizar un bien para la humanidad. ¿Acaso habría sido capaz de realizar todo aquel trabajo de for-

ma anónima y gratuita? Si hubiese sido capaz de responder un rotundo sí, podría haberme excusado en cierta manera, pero, al no darse el caso, descubrí que estaba bajo los efectos de la envenenada picadura del éxito y la autocomplacencia. ¡Menuda lección me dieron mis padres con su mera presencia!

Lo mejor de todo es que al sentarme en el salón de mi casa supe que en la puerta de entrada se habían caído muchas de las máscaras que llevaba conmigo y la opresión que sentía en mi pecho se iba aligerando.

Como no pude ver a mis hermanos aquella tarde-noche — nos reencontraríamos todos en Nochebuena en una inolvidable velada—, esto me permitió centrarme en mis padres y conversar con ellos largo y tendido. No sé ni cómo ni por qué, pero un ávido interés por conocer más acerca de sus vidas se iba despertando en mí. Mucho más cuando fui verdaderamente consciente de que ellos podrían desempeñar un rol importantísimo en mi investigación y, de hecho, se convertirían en los pilares fundamentales de la misma, teniendo en cuenta que mi madre era judía y mi padre cristiano.

Me acosté pletórico. ¿Acaso podía pedir más? Haría lo que más me gustaba, investigar; utilizaría como oficina mi habitación y mis padres, Esther y José, serían los principales protagonistas de la misma.

Estaba tan entusiasmado que antes de acostarme ya ansiaba despertarme para iniciar la aventura más entrañable de toda mi vida.

INDICE

Prólogo	5
Capítulo 1	7
Capítulo 2	18
Capítulo 3	30
Capítulo 4	43
Capítulo 5	55
Capítulo 6	67
Capítulo 7	80
Capítulo 8	91
Capítulo 9	103
Capítulo 10	117
Capítulo 11	131
Capítulo 12	148
Capítulo 13	161
Capítulo 14	174
Capítulo 15	187
Capítulo 16	199
Capítulo 17	212
Capítulo 18	226
Capítulo 19	239
Capítulo 20	253
Capítulo 21	266
Capítulo 22	279